

DOCTRINA SOCIAL CRISTIANA Y ECONOMIA SOCIAL DE MERCADO EN LUGAR DE LA TEOLOGIA DE LA LIBERACION COMO CONCEPCION ECONOMICA PARA LATINOAMERICA

por LOTHAR BOSSLE

Además de orientarse por modelos europeos en lo referente a su camino hacia la democracia política y parlamentaria, en su búsqueda de concepciones promisorias de éxito para la modernización social e industrial continua, los Estados latinoamericanos siempre vuelven su mirada hacia aquellos caminos que Europa, los Estados Unidos de América y el Japón han recorrido desde el principio de la industrialización.

En este cuadro de conjunto, suele aparecer, ocasionalmente y con una predominancia excesiva, la reflexión de que los Estados de Latinoamérica sólo podrán encontrar una vía autóctona nacional y continental sobre la base del modelo de estructuración de la "teología de la liberación". Los redactores de los medios de comunicación y algunos profesores universitarios europeos sostienen una y otra vez que la teología de la liberación como concepto económico y social únicamente podrá encontrar su campo de realización en Latinoamérica. Al contrario, hemos escuchado a algunos teólogos de la liberación originarios de países latinoamericanos, pero que han estudiado en universidades europeas, que la legitimación de la teología de la liberación se encuentra justamente en su origen europeo.

No cabe ninguna duda de que efectivamente la teología de la liberación fue desarrollada en Europa por teólogos y marxistas para ayudar al comunismo a encontrar entrada, al fin, en los países latinoamericanos por el rodeo a través de la conquista de la conciencia cristiana. Las denominaciones que precedieron a las de la teología de la liberación, fueron las de "teología política" y "teología de la revolución". Tienen en común la preferencia por el método marxista para analizar el desarrollo histórico: El vocablo "liberación" como modelo de estructuración para Latinoamérica se eligió cuando ya no satisfacía la lentitud del desarrollo de los países latinoamericanos y se pensó que los pueblos de Latinoamérica podrían ser "liberados" por actos de ruptura violenta de las estructuras sociales.

La teología de la liberación se conectó así conscientemente con las tradiciones revolucionarias de subversión. Por una parte existía el modelo del movimiento de independencia en Latinoamérica, que llevó al reemplazo de la dominación colonial española y portuguesa en el siglo XIX y, por otra, la inclusión de la teoría revolucionaria marxista, según la cual se debe operar una transformación total de la estructura social para construir una sociedad sin clases.

Después de las amargas experiencias, ahora muy claras, que se hicieron en Europa con las revoluciones, se sabe con certeza que ellas revelan su origen con bastante rapidez y suelen conducir al afianzamiento de dictaduras despóticas, pero no al desarrollo de una democracia. Estas experiencias nos hacen concluir definitiva e inevitablemente que la teología de la liberación no introduce procesos de desarrollo que desembocan en la libertad política, económica y social de un Estado. A pesar de que las palabras son casi homónimas, el concepto de "liberación" es esencialmente diferente del concepto de "libertad". La teología de la liberación incluso evita el empleo del concepto de libertad. Tal como todo el mundo, la inspiración espiritual y ética que Latinoamérica necesita para construir una filosofía económica es una teología de libertad y trabajo, pero de ningún modo una teología de la liberación.

Aquí se justifica la pregunta, si será necesario contar con un fundamento ético y espiritual para crear modelos y concepciones económicos. La experiencia que han dejado las doctrinas económicas exitosas, tal como las vivieron los Estados industrializados maduros, demuestra inequívocamente que sin una formulación de los fundamentos espirituales y éticos, aun los logros económicos más convincentes no pueden penetrar a la conciencia de la población. Ya Adam Smith apoyó su doctrina en una teoría de los sentimientos morales.

Max Weber, verdadero fundador de la sociología económica en Alemania, vio un vínculo entre el espíritu del capitalismo y la ética del protestantismo, especialmente en su forma calvinista. Los pronósticos sobre el fin del capitalismo y la victoria del socialismo, tal como erradamente sostuvo Marx, se basan en su deficiente filosofía materialista que no acierta con la realidad.

El desarrollo de la economía social de mercado en Alemania después de 1949 fue precedido por la fundamentación filosófica y antropológica del ordoliberalismo a través de las obras de Wilhelm Röpke, Walter Eucken y Alexander Rüstow. Sin embargo, su curva de éxito quedó interrumpida cuando en la década del 60 se olvidaron las condiciones filosóficas necesarias de la economía social de mercado y se abrieron paso las teorías socialistas de la transformación social y de la transducción de estructuras jurídico-estatales al modelo del Estado social.

Para poder comprender claramente este significado de la ética en fundamentar la política económica, debemos destacar que la construcción de una sociedad industrial hasta ahora sólo ha sido posible en países que, como en Europa, tienen un origen cristiano y, como en el Japón, un origen sintoísta. Siempre ha sido una ética económica de fundamento religioso lo que ya fue considerado por Max Weber en su sociología de la religión como condición previa para introducir una dinámica industrial. La prueba más evidente de que la ética económica debe tener una base religiosa, seguramente está en el hecho indiscutible de que determinadas religiones, como la islámica o el hinduismo, sólo permiten desarrollar formas de vida y de producción preindustriales. El logro de una producción de sociedad industrializada exige, en cambio, cierta medida de racionalidad que debe tener una protección religiosa. ¡Sobre todo y especialmente en Latinoamérica!

Al reconocer la gran importancia de lo religioso en el proceso de modernización industrial, Latinoamérica realmente debería tener buenas posibilidades, ya que es un continente de población mayoritariamente cristiana. Así, podrá desarrollar una concepción social y económica orientada por las experiencias europeas, norteamericanas y japonesas. Después de la fase de la desilusión, la tarea actual de los Estados latinoamericanos reside en encontrar las condiciones espirituales y éticas para conectarse al proceso económico de industrialización. Por tal motivo, no debe suceder y no es inevitable que suceda que la teología de la liberación aparezca como única filosofía para Latinoamérica y que individuos jóvenes, en su anhelo de alcanzar una solución económica definitiva, caigan víctimas de su seducción.

La teología de la liberación es intrasparente en su contenido teológico; en su análisis de hechos sociales tiene un afán marxista de repetición maquinal y en ningún caso posee una doctrina económica. Estos déficit seducen a la ideologización. Sin embargo, justamente los instrumentos de una política económica no deben ser ideologizados. Ello sólo podrá llevar al fracaso. Una política económica eficiente debe apoyarse en la ética y una imagen del hombre que fortalezcan la certidumbre de que la política económica, aun cuando deba respetar datos incontestables, no perderá su vinculación con el ser humano. ¿Podrá servir como fundamento ético para el desarrollo económico de los países latinoamericanos la doctrina social cristiana en vez de la teología de la liberación? Ciertamente, porque la preponderancia de la doctrina social cristiana en combinación con el ordoliberalismo con toda seguridad puede conducir a los Estados latinoamericanos, en su camino al despegue económico y social, a la modernización sin revolución. Esto es así aunque frecuentemente se haya indicado la limitación de que sólo podría ser una vía válida para Europa —y, en este caso, ante todo para Alemania, Bélgica y Austria—.

Después de su convincente éxito como política económica de Erhard y aunque luego su utilidad fue puesta en duda por especulaciones socialistas, actualmente en Alemania se puede observar una ola de renovación de la economía social de mercado. Algunos quisieran combinar una nueva estilización de la economía social de mercado con teorías exclusivamente conservadoras como perspectiva para el año 2000. Sin embargo, el ordoliberalismo como precedente filosófico de la economía de mercado, junto a los elementos liberales ya contiene pensamientos conservadores en cantidad suficiente. Igual que en Alemania, también en Latinoamérica se debe partir del hecho de que el ordoliberalismo puede llegar a una alianza con las doctrinas sociales cristianas. Recién en conjunto la doctrina social cristiana y el ordoliberalismo son apropiados como síntesis para el desarrollo de una concepción económica humana (1).

La ejecución de una alianza tal exige en primer lugar un examen concienzudo de si los dos campos de expresión realmente pueden unirse, porque los flujos de ideas y los conceptos modelo no pueden enlazarse en cualquier forma. El camino metódico para producir una síntesis siempre se deberá

(1) Lothar Bossle: *Ordoliberalismus und Christliche Soziallehre die Versöhnungsidee der 80er Jahre*, Munich 1983.

basar en la cercanía y la capacidad de complementación de dos movimientos de ideas. Así, la doctrina social cristiana no tiene preferencias por modelos que se basen en teorías de la política de oferta y demanda, sino que ve en el ordoliberalismo la forma económica conveniente a sus conceptos doctrinarios. Así, Wilhelm Röpke establece claramente que el concepto económico ordoliberal corresponde plenamente a la ética social cristiana. En realidad, en sus proposiciones para el ordenamiento de la vida económica llega al mismo resultado que la Encíclica papal *Quadragesimo Anno* de 1931. En forma más clara aun se expresa Wilfried Schreiber: “La teoría neoliberal como esencia del ‘know-how’ (saber hacer) y la doctrina social cristiana como esencia del ‘know-why’ (saber por qué) están lógicamente coordinadas entre sí y son capaces de complementarse mutuamente en forma magnífica”.

Ya en 1959 Joseph Höffner, entonces profesor de ciencias sociales cristianas en Münster, más tarde Arzobispo de Colonia y presidente durante largos años de la Conferencia Episcopal alemana, denominó esta relación de ideas ordo y neoliberales, y doctrina social cristiana como “humanismo económico” (2). Esta caracterización es mucho más expresiva que los actuales esfuerzos que se hacen en Europa para inventar nuevos modelos de orientación del comportamiento económico y social de entre las líneas conceptuales populares de “ecología y economía”.

La primera denominación de una filosofía económica moderna como “humanismo económico” fue creada por Wilhelm Röpke como tercera vía entre el capitalismo y el colectivismo (3). La coincidencia más razonable entre el ordoliberalismo y la doctrina social cristiana —y con esto del humanismo económico— radica en la igualdad de la imagen del hombre. Dentro de esta coincidencia antropológica es ante todo la unidad en el concepto de libertad. Por otra parte, ni en el ordoliberalismo ni tampoco en la doctrina social cristiana se puede encontrar mención alguna del proceso de desacoplamiento de la “liberación”.

En casos aislados, en las posiciones de la ética social cristiana existe la concepción, como incluso la expresó alguna vez Oswald von Nell-Breuning, de que existiría “amplia coincidencia entre las aspiraciones de reforma cristianas y una gran parte de las socialistas”. Sin embargo, las afirmaciones fundamentales de la doctrina social cristiana, debido a su carácter personalista, contrario a la lucha de clases y federalista, no tienen nexo alguno con las tradiciones del pensamiento colectivista, polarizante y centralista del socialismo.

Los tres conceptos standard esenciales de la doctrina social cristiana —la personalidad, la solidaridad y la subsidiariedad— se ubican en la cercanía del ordoliberalismo, lo que es fácilmente comprobable. Los textos de la doctrina social cristiana, comenzando por la primera Encíclica social *Rerum Novarum* de 1891 hasta las epístolas didácticas “*Laborum exercens*” del Papa Juan Pablo II, concuerdan ampliamente en su contenido con las

(2) *Ökonomischer Humanismus, Neoliberale Theorie, Soziale Marktwirtschaft und Christliche Soziallehre*, Serie de ensayos del Bund Katholischer Unternehmer (Liga de empresarios católicos), *Neue Folge* 8, 1959.

(3) Wilhelm Röpke: *Die Gesellschaftskrisis der Gegenwart, Zürich-Erlenbach 1943*, pág. 47.

declaraciones de los pensadores ordoliberales más prestigiados. Al comparar las obras "Die Gesellschaftskrisis der Gegenwart" (La crisis social del presente) de Wilhelm Röpke, "In Namen des Staates" (En nombre del Estado) de Ludwig von Mises y "Der Weg zur Knechtschaft" (El camino a la esclavitud) de Friedrich A. von Hayek, se reconocerá sin dificultad el cercano parentesco entre el ordoliberalismo y la doctrina social cristiana.

La personalidad, la preeminencia de la inviolable dignidad humana frente a las exigencias de la sociedad se basan claramente en la antropología cristiana y al mismo tiempo humanista. Con esto, es individualidad moralmente responsable y acepta la diferencia entre los seres humanos. En Latinoamérica viven hombres de individualidad temperamental y excitante. El querer comprimirlos en una uniformidad colectivista requiere de una gran medida de cruel opresión, motivo por el cual se habla con acierto de Cuba como de la mayor sociedad "de marcha en vacío" de Latinoamérica. Así, resulta comprensible que el personalismo cristiano de Jacques Maritain y Emanuel Mounier originalmente encontrara una repercusión muy especial justamente en Latinoamérica. Es una lástima que a veces, como sucedió por ejemplo con el ex Presidente chileno Eduardo Frei, la doctrina de Jacques Maritain se haya llevado a un extremo excesivo, acercándola a una doctrina de estructura social reformista y colectivista. El "humanismo político" de Mounier, como todas las doctrinas de tradición humanística de Occidente, partió "de la primacía del bienestar personal sobre el bienestar común" y no que por una opción por los pobres en contra de los ricos pudiera originarse una estructura de liberación presuntamente libre de conflictos.

Asimismo, Jacques Maritain, conocido ante todo en Chile como el pensador europeo más cotizado, no se presta como inspirador de teorías colectivistas. En los años 20 de nuestro siglo, este filósofo francés trató de dar al catolicismo un impulso renovador. Quiso vincularlo a la tradición y fundamentar el neotomismo por la orientación científico-social y espiritual de la teología de Tomás de Aquino. En realidad, descubrió, independientemente de Röpke, el "humanismo económico" como filosofía económica moderna. En su libro "Amerika, Land der Hoffnung" (4) (América, tierra de esperanza) sostiene que el concepto de "humanismo económico" sería más correcto para caracterizar la forma económica de los modernos Estados industriales, que por ejemplo los términos de "capitalismo democrático, democracia económica, democracia industrial, distributismo, mutualismo y productivismo" (5).

La fórmula de Röpke y Maritain del "humanismo económico" combina contenidos económicos y éticos. Por eso no caracteriza una resignación, en que habrían caído los países en desarrollo después de la marea de exuberancias ideologizadas, cuando en la Séptima Conferencia Mundial de Comercio se inclinaron ante una mezquina fórmula de "realismo económico", caracterización que sólo puede satisfacer a expertos economistas (6).

(4) Wolfgang Seeger: Politik und Person, der Personalismus Emanuel Mouniers als politischer Humanismus. Tesis doctoral, *Freiburg 1986*, pág. 222.

(5) Jacques Maritain: *Amerika, Land der Hoffnung, Maguncia 1959*, pág. 73.

(6) Klaus Gertoberens: Die Armen resignieren. Entwicklungsländer beugen sich dem "ökonomischen Realismus", en: *Süddeutsche Zeitung*, 8/9-8-87.

La exigencia de consideración de la personalidad jamás se debe esfumar en una volatilización colectivista. El alma humana, que es de por sí insuficiente, constituye una barrera que en último término hace fracasar todas las pretensiones de perfeccionar las condiciones sociales. Esta limitación antropológica significa que cualquier modelo social y económico para Latinoamérica deberá aspirar a un grado inferior al de la perfección del transcurso y de la meta. El ordoliberalismo, fórmula de superación del capitalismo irrestricto del siglo XIX y comienzos del actual, trata de imponer, por ese motivo, una concepción económica que no pretende satisfacer el empeño de lograr la perfección, pero que sí asegure la estabilidad y continuidad en el acontecer económico y político. La doctrina social cristiana contribuye a esto con el fundamento antropológico y entrega su gran conocimiento del mundo y de los hombres para interpretar el desarrollo de la sociedad industrial.

En efecto, hace tiempo que el principio de solidaridad se ha visto confirmado a lo largo de la historia social europea. Esto ocurrió ante todo después de que la vía de los obreros no llevó a una separación emancipatoria de la sociedad, sino a una integración dentro de ella. En Europa no se ha producido una lucha de clases, sino que se ha llegado a establecer una colaboración social entre trabajadores y empresarios. En Europa, el socialismo jamás ha sido realmente un movimiento multitudinario del proletariado, sino que hasta el día de hoy es un fenómeno de intelectuales y filósofos. El desenmascaramiento del socialismo como problema intelectual y no proletario se ha realizado hace ya tiempo en Europa y en Latinoamérica constituye una necesidad de candente actualidad (7).

El principio de la colaboración social está estrechamente ligado en la doctrina social cristiana con la orientación por el bienestar común. Los efectos de éxito económico ciertamente no se pueden obtener si algunos individuos o grupos sólo piensan en su bienestar particular y con esto arrastran al Estado a la confrontación desgastadora de fuerzas.

La colaboración y la orientación por el bien común no son sólo principios fundamentales válidos para ciertos grupos de un pueblo. Hoy en día reclaman una validez que abarca ya una responsabilidad económica mundial. Tampoco en Europa es posible en nuestro tiempo imponer una política económica nacional como programa, sin influencias externas. Esto tampoco será posible en Latinoamérica, que seguramente no podrá dominar por sí sola sus actuales problemas económicos.

La colaboración supranacional exige de una comprensión que incluye a las empresas extranjeras y multinacionales en un proceso de estructuración económica. Una economía moderna no es la producción del trabajador o del empresario por sí solos; hoy día tampoco podrá tener éxito ya la autarquía nacional en la estructuración económica. La dimensión de la solidaridad, tal como se le formula en la doctrina social cristiana, hoy día ha de ser —también en Latinoamérica— una solidaridad internacional.

Por último, el principio de subsidiariedad no constituye un principio estructural sólo económico, sino también político y social. Según este

(7) Lothar Bossle: *Soziologie des Sozialismus, Colonia 1976*, pág. 99 sigs.

principio, a cualquier acción que se realice desde abajo hacia arriba dentro de la colectividad se le debe conceder una importancia predominante. Se basa en el entendimiento de que las estrategias impacientes de recuperación en ninguna parte —es decir, tampoco en Latinoamérica— conducen a infraestructuras estabilizadas. En su estructura, el principio de subsidiariedad está emparentado con el pensamiento cooperativista. Debemos destacar que los países industriales realmente se pueden aquilatar en su productividad o eficiencia en la medida en que corresponden a una estructuración cooperativista. La idea de las cooperativas, tal como en Alemania fue defendida por Friedrich Wilhelm Raiffeisen y el sociólogo Franz Oppenheimer, es la alternativa democrática y, con esto, libertaria a las tendencias de configuración colectiva que en todas partes conducen a debilitamientos económicos.

Así, pues, si Latinoamérica quiere optar por un futuro económico deberá confiar en las posiciones definitivas pero realistas de la doctrina social cristiana y el concepto probadamente exitoso de la economía social de mercado. Sólo esta síntesis podrá preservar a este subcontinente de caer víctima del espejismo ideológico de la teología de la liberación. La orientación por la doctrina social cristiana significa al mismo tiempo libertad y conservación de la dignidad humana. La victoria de la teología de la liberación, en cambio, significaría para Latinoamérica una nueva esclavitud. En ninguna parte la teología de la liberación ha conseguido hasta ahora otra cosa que la orientación de posiciones de protesta. En aquellos países del mundo que han de sufrir la obstrucción de teorías económicas marxistas se busca la salida a una orientación de economía de mercado.

Los partidos que en Chile se presenten para la nueva estructuración de la democracia parlamentaria deberán, por tal motivo, ser apreciados por su disposición programática a proclamar como su mensaje las ideas del humanismo económico, si quieren reconocer la paz interior y la libertad como fundamento irrenunciable de la democracia chilena.